



Claire Messud

Los hijos del emperador

Traducción del inglés de Patricia Antón



Galaxia Gutenberg

CLAIRE MESSUD

Los hijos del emperador

Traducción de
Patricia Antón

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *The Emperor's Children*
Traducción del inglés: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2020

© Claire Messud, 2006
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 3365-2020
ISBN: 978-84-18218-26-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Livia y Lucian, que lo cambiaron todo.
Y, como siempre, para J. W.*

El general, que hablaba con lo que a uno se le antojaba autoridad, siempre insistía en que, si consigues preservar adecuadamente el mito de tu persona, no hay mucho más en la vida que importe. Lo significativo no es lo que les ocurre a las personas, sino lo que ellas creen que les ocurre.

ANTHONY POWELL,
Los libros sí amueblan una habitación

MARZO

Nuestro chef es muy famoso en Londres

—¡Queridos! ¡Bienvenidos! Y tú debes de ser Danielle, ¿verdad?

Acicalada y menuda, los ojos ya grandes ampliados por el *kohl*, Lucy Leverett, pese a su parecido con una cría de foca, tenía una voz ronca impresionante. Los pendientes en forma de abanicos le repiquetearon en el cuello cuando se inclinó para besar a cada uno de ellos, incluida Danielle y, aunque mantuvo el cigarrillo en su boquilla de madreperla a la distancia del brazo estirado, el humo circuló e hizo que a Danielle le lagrimearan los ojos.

Danielle no se los enjugó por miedo a estropearse el maquillaje. Había pasado media hora retocándose la cara ante el espejo granuloso del baño de Moira y John, absorta en sus imperfecciones y aplicándose con energía una base tratante (bajo la que sus cansados ojos almendrados tenían unas bolsas azuladas, las ventanillas de la nariz estaban extrañamente rojas y la frente amplia se despellejaba), y no tenía intención de revelarles a unos extraños la desintegración de su rostro.

—Pasad, queridos, pasad.

Lucy se situó detrás de ellos y condujo al trío cual rebaño hacia la fiesta. La sala de estar de los Leverett estaba pintada de morado oscuro —berenjena, en la jerga local— y tenía las ventanas cubiertas de terciopelo. Del techo colgaba una descomunal araña de hierro forjado que parecía recuperada de un castillo medieval. Junto a la ventana había tres hombres que hablaban entre sí mientras contemplaban ociosos la calle, sus vasos de vino tinto relucientes bajo la luz nocturna que se reflejaba en ellos. Había un largo y mullido sofá con cojines a todo lo largo de una pared y sobre él cuatro mujeres dispuestas como odalis-

cas en un harén. Dos ocupaban los extremos opuestos del sofá, las piernas flexionadas bajo el cuerpo y los brazos extendidos acariciando los cojines. Entre ambas, una mujer apoyaba la cabeza en el regazo de otra y, sonriente y con los ojos cerrados, susurraba algo hacia lo alto mientras su amiga le acariciaba el cabello abundante. Danielle tenía la sensación de haberse colado en un sueño ajeno. No había dejado de sentirse como en una nebulosa desde que estaba en Sídney, tan lejos de casa: no podía decir que no fuera real, pero aquella realidad desde luego no era la suya.

—¿Roo? ¡Roo, más vino! —exclamó Lucy hacia las entrañas de la casa, y luego se volvió hacia sus invitados con un brazo posesivo en el bíceps de Danielle—. ¿Tinto o blanco? Quizás hasta tenga rosado, si te gusta. Yo no puedo soportarlo... es tan californiano.

Al esbozar una amplia sonrisa Danielle supo, por las patas de gallo, que tenía cuarenta, o casi.

Dos hombres cargados de botellas emergieron del comedor, apenas iluminado por por velas, ambos esbeltos y, a primera vista, un tanto quiméricos. Por el porte, Danielle supuso que quien iba delante con camisa azul lavanda bien planchada y expresión de refinamiento y saber estar, a lo Nabokov, con los párpados caídos, era su anfitrión. Le tendió la mano.

—Soy Danielle.

El hombre tenía unos dedos elegantes y la palma fría cuando estrechó la de Danielle.

—No me digas.

El otro hombre, al menos diez años mayor, de dientes irregulares y cierto parecido a un chivo habló por encima del hombro del primero.

—Yo soy Roger —dijo—. Encantado de conocerte. No le hagas caso a Ludo, se hace el interesante.

—Ludovic Seeley —presentó Lucy—. Danielle...

—Minkoff.

—Es la amiga de Moira y John. De Nueva York.

—Nueva York —repitió Ludovic Seeley—. Voy a mudarme allí el mes que viene.

—¿Tinto o blanco? —preguntó Roger, cuya camisa abierta revelaba un pecho bronceado salpicado de vello canoso y una fina cadena de oro.

—Tinto, por favor.

—Buena elección —comentó Seeley casi en un susurro.

Danielle sintió, más que vio, pues Seeley tenía los ojos lo bastante cerrados como para no delatarse, que la miraba de arriba abajo. Confío en haber repartido bien el maquillaje y en que no le hubiese quedado un grumo de polvos en la barbilla o la mejilla.

Para Danielle, el instante de reconocimiento fue inmediato. Con la cantidad de sitios que había, mira que irse a encontrar en ese enclave peculiar e irrelevante a un espíritu afín. Se preguntó si él también lo habría experimentado, si se habría dado cuenta de la importancia del encuentro. Ludovic Seeley: Danielle no sabía quién era y, sin embargo, sentía que lo conocía, o que había estado esperándolo. No era sólo por su apariencia física, aquella silueta suya alargada y felina, la actitud a un tiempo atrevida y controlada, como si no hiciese más que jugar con la ilusión de soltura. Y tampoco el timbre de su voz, profundo, que no penetrante, su inflexión australiana tan suave que resultaba casi británica. Se le notaba en el rostro, Danielle concluyó: él también lo sabía. Aunque no podría haber dicho qué sabía. Luego estaban esos ojos, de un gris muy intenso y motas doradas, los párpados levemente caídos en una expresión a un tiempo triste y divertida, y el hoyuelo que se le formaba en la mejilla derecha cuando sonreía aunque sólo fuera un poco. Las orejas, bien pegadas a la cabeza, le daban un aspecto pulcro; el cabello oscuro, tan corto que a través de él brillaba el tono azulado del cuero cabelludo, ponía de relieve tanto su ironía como su compostura. Tenía la piel blanca, casi tanto como Danielle, y la nariz era un anguloso pedacito de cartílago. Su rostro, tan peculiar, le recordó al de algún retrato decimonónico, un sargento quizás, una personificación de sarcástico intelecto, de refinamiento aristocrático. Y sin embargo, por la forma en que llevaba la camisa, el contorno de su torso, los elegantes y viriles movimientos de sus dedos finos (y sí, discretamente pero ahí estaba: tenía vello

en el dorso de las manos, que a ella se le antojaba atractivo: a los hombres no debía faltarles el vello), sin duda, pertenecía al presente. Lo que Ludovic sabía, quizás, era qué quería.

—Ven, cariño. —Lucy la cogió del codo—. Vamos a presentarte al resto de la pandilla.

Esa cena en casa de los Leverett era la última velada de Danielle en Sídney antes de volver a casa. Por la mañana cogería el avión y dormiría, dormiría de vuelta al día de ayer, o mañana, de vuelta al día de hoy, pero en Nueva York. Había pasado fuera una semana, trabajando en el proyecto de un programa de televisión, con la ayuda de su amiga Moira. Pasarían meses antes de que se rodara, si llegaba a rodarse siquiera; era un programa sobre la relación entre los aborígenes y su gobierno, las disculpas y los desagravios formales de los últimos años. La idea era explorar las eventuales reparaciones a los afroamericanos (un eminente profesor iba a publicar un libro al respecto) desde el prisma australiano. Ni la propia Danielle tenía claro que la cosa pudiera funcionar. ¿Podían importarle menos los aborígenes al público estadounidense? ¿Eran las situaciones siquiera comparables? La semana había sido una de muchas de reuniones y bravatas, de fervientes y exultantes intercambios típicos del mundillo, de certeza fingida donde en realidad no la había. Moira creía firmemente que el programa podía hacerse, que de hecho debía hacerse, pero Danielle no estaba convencida.

Sídney estaba muy lejos de casa. Durante una semana, en su agradable nube de irrealidad, Danielle se había permitido la fantasía de otra vida posible (Moira, después de todo, había dejado Nueva York para mudarse a Sídney sólo dos años antes) y, con ella, otro futuro. Rara vez había considerado vivir en otro sitio; de la misma forma en que, suponía con leve incredulidad, la mayoría de gente no había considerado jamás la posibilidad de vivir en Nueva York. Desde la habitación de la preciosa casita adosada con techo de hojalata de sus amigos, al final de una lóbrega calle en Balmain, Danielle veía el agua. No la gran extensión del puerto con su puente en forma de

arco ni las sinuosas alas de gaviota del teatro de la ópera, sino una plácida franja azul más allá del parque que había justo debajo, ondulada por la estela de un ferry ocasional que titilaba bajo el sol del atardecer.

Principios del otoño en Sídney; en casa todavía hacía mucho frío. Pájaros pequeños y de colores vivos se apiñaban en los jacarandás, entonando sus alegres trinos disonantes. A primerísima hora de la mañana había vislumbrado, en un matorral veteado por el alba en el patio de atrás, una enorme telaraña empapada en rocío, y en el extremo del intrincado y fulgurante tejido, una gigantesca araña peluda. Allí, la naturaleza estaba en la ciudad. Era otro mundo. Había imaginado que su 747 se alejaba sin ella, y que una nueva vida daba comienzo.

Aunque no nativa, era neoyorquina. Para Danielle Minkoff, sólo existía Nueva York. Su trabajo estaba allí, sus amigos estaban allí, hasta sus conocidos de hacía diez años, de la Universidad de Brown, estaban allí, y Danielle había establecido su hogar en la disonante pero acogedora comodidad del Village. Desde su estudio en el rascacielos de ladrillo blanqueado en la esquina de la Sexta Avenida y la Calle 12, contemplaba la parte baja de Manhattan cual capitán en la proa de su barco. Por atribulada y pobre que se sintiera en ocasiones, o por mucho que anhelara una interrupción en el mar de asfalto y hierro, un silencio en la marea del parloteo, no podía imaginar abandonarlos. A veces le decía en broma a su madre (criada, como ella, en Columbus, Ohio, y residente ahora en Florida) que tendrían que sacarla de allí con los pies por delante. No había ningún sitio como Nueva York. Y Australia, en comparación, era, en fin, como Oz.

Esa última cena en Sídney era un acontecimiento puramente social. Los Leverett vivían en una de esas zonas donde aún podía verse a un par de aborígenes sin aburguesar, canosos y adormilados, a la entrada de un pub al final de la calle: gente que, caña de cerveza en mano, no había aceptado las disculpas del gobierno ni se había mudado. O quizá no; quizá Danielle simplemente imaginaba el paisaje y a sus residentes como habían sido antaño, pues un segundo vistazo a los BMW y los Audi que se alineaban

junto al bordillo sugería que la nueva Sídney (como la nueva Nueva York) se había abierto camino con avidez.

Moira tenía cierta amistad con Lucy Leverett, propietaria de una pequeña pero influyente galería de arte en The Rocks, especializada en arte aborígen. Su marido, Roger, era novelista. Mientras John aparcaba el coche a la entrada de la gran casa victoriana adosada de los Leverett, Moira había explicado:

–Lucy es genial. Ha hecho mucho por el mundo del arte de aquí. Y si quieres conocer a artistas aborígenes, hablar con ellos para la película, es la mujer que necesitas.

–¿Y él?

–Bueno... –John había esbozado una mueca compungida– sus novelas no es que valgan un carajo...

–Pero él nos gusta –concluyó Moira con firmeza.

–Una cosa sí hay que concederle: tiene un gusto genial para el vino.

–Roger es encantador –insistió Moira–. Y lo de sus libros es cierto, pero tiene mucho poder aquí en Sídney. Puede ayudarte de verdad, si lo necesitas.

–¿Roger Leverett? –Danielle lo consideró unos instantes–. Nunca he oído hablar de él.

–No me extraña.

–Es como lo de «nuestro chef es muy famoso en Londres».

–¿Cómo dices?

–Hay un pequeño restaurante chino con una pinta asquerosa en el East Village, con un letrero escrito a mano en el escaparate, un escaparate sucio, por cierto, en el que dice: «Nuestro chef es muy famoso en Londres». Pero no en Nueva York o en cualquier otra parte fuera de Londres.

–Y es probable que tampoco en Londres, ¿eh? –había comentado John cuando se acercaban a la puerta de los Leverett.

–Roger Leverett sí es famoso en Sídney, digas lo que digas.

En la cena (langostinos y huevos de codorniz con fideos a la tinta de calamar, seguidos de emú, que se parecía mucho al bistec y que Danielle tuvo que obligarse a comer), Danielle se

sentó entre Roger y un guapo muchacho asiático (¿Ito? ¿Iko?), novio de un arquitecto algo mayor llamado Gary, que estaba sentado al otro extremo de la mesa. Ludovic Seeley se sentó al lado de Moira, el brazo apoyado con lánguida familiaridad sobre el respaldo de la silla de ella, y se inclinaba para hablarle como si le confiara algún secreto. Danielle echaba un vistazo cada tanto, incapaz de contenerse, pero ni una sola vez, hasta que tuvieron delante el sorbete de fruta de la pasión, lo pescó mirándola. Cuando por fin lo hizo, sus ojos espectaculares parecieron otra vez entretenerse, y no vacilaron. Fue ella quien bajó la mirada, moviéndose en el asiento para fingir un repentino interés en el reciente viaje de Ito / Iko a Tahití.

La velada le parecía ahora una elaborada representación cuyo único propósito era conocer a Ludovic Seeley. Que a cualquiera pudiesen interesarle Lucy o Roger o Gary o Ito / Iko de la forma en que a Danielle le interesaban sus amigos en Nueva York se le antojaba casi inverosímil: esas personas, para ella, eran actores. Tan sólo Ludovic, con sus íntimos susurros y sus miradas interminables, era real. Fuera lo que fuese lo que eso significara. La realidad, o más bien enfrentarse a ella, era el gran credo de Danielle; aunque para ser del todo franca, en ese momento y lugar precisos también creía un poco en la magia.

Roger, a su lado, se mostraba jovial y solícito. A Danielle le daba la sensación de que su anfitrión era sobre todo un narcisista, al que le encantaban el sonido de su propia voz y el humor de sus propios chistes y la pipa con que jugueteaba y que chupaba entre plato y plato. Era generoso con el vino tinto, más cuando le servía a ella y a sí mismo que con los que estaban más lejos, y se tornaba decididamente más locuaz con cada copa.

—¿Has estado en el valle de McLaren? ¿No en esta ocasión? ¿Cuándo te marchas? Ah, entonces nada. La próxima vez, prométeme que visitarás el sur de Australia, que harás la ruta del vino. En la costa es genial hacer submarinismo. ¿Has hecho submarinismo? No, bueno, entiendo que pueda intimidarte. En mis tiempos solía bucear mucho, pero puedes encontrarte en situaciones muy desagradables, pero que muy desagradables. Hará

unos veinte años... no era mucho mayor que tú ahora... ¿cuántos años tienes? ¿Treinta? Bueno, pues no los aparentas, chica. Esa piel tan fina que tienes. Debe de ser alguno de esos buenos genes judíos... eres judía, ¿no? Sí, en fin... a lo que iba... el arrecife. Estaba allí buceando con algunos colegas, eso fue antes de Lucy... ahora ella nunca me dejaría hacerlo. Vivía cerca de Brisbane, estaba acabando mi segunda novela, *El camino de la revelación*... probablemente no la conoces, ¿eh? No, bueno... no soy presumido con esas cosas. Fue un gran éxito en su momento. Y de todas formas, ese viaje al arrecife fue la recompensa... ya sabes, por un trabajo bien hecho; en Sídney el editor daba saltos de lo loco que lo había vuelto el manuscrito, pero yo le dije: a la mierda, George; tengo todo el derecho a celebrarlo antes de volver, porque una vez te metes en este mundo, te metes hasta el fondo, ¿no? Bueno, ¿por dónde iba? El arrecife de coral, sí. Era la primera vez que iba, en helicóptero, por supuesto... mi primera vez en un helicóptero, aunque te parezca mentira, y éramos cuatro tíos...

El alegre torrente de Roger se le antojaba a Danielle más cenagoso tras cada sorbo de clarete, pero mantuvo la sonrisa (era genuina; se lo estaba pasando bien, y Dios sabía que no le había costado un gran esfuerzo) de forma permanente. Sonreía mientras sorbía los fideos a la tinta, mientras diseccionaba los langostinos con sus antenas. Creyó sonreír incluso mientras masticaba el más bien duro filete de emú, mientras arrancaba las compactas rodajas de su lecho de polenta sanguinolenta. Sonreía incluso al mirar de vez en cuando a Ludovic, que no le devolvía las miradas, y les sonrió por turnos a Moira, a Lucy, a John. Cuando Roger fue a buscar el postre («Yo me ocupo del vino, querida, y de lavar los platos. De traer y llevar cosas. Y hago el *risotto* más genial que hayas probado nunca, pero esta noche no, esta noche no»), Danielle se volvió hacia Ito / Iko y se enteró de que tenía veintidós años, era aprendiz en una casa de modas, conocía a Gary desde hacía ocho meses y hacía poco habían pasado unas vacaciones fabulosas en Tahití.

—... muy Gauguin y muy sexi. Lo que quiero decir es que la gente de esa isla es tan sexi que es para morirse.

—¿No fue allí donde al final mataron al capitán Cook? —preguntó haciendo alarde de su cultura al mencionar el nombre del fundador.

—Oh, no, muñeca, eso fue en Hawái. No tiene nada que ver. Nada que ver en absoluto. —Ito / Iko esbozó una amplia sonrisa y se ahuecó el pelo que brillaba a través de las velas y que, según Danielle, llevaba ligeramente teñido de azul—. No llevas aquí mucho tiempo, ¿verdad? Porque todo el mundo sabe que fue en Hawái; quiero decir que hasta yo sé que fue en Hawái, y dejé la escuela a los dieciséis.

Después de la cena, el grupo se instaló de nuevo en la salita, donde Ito / Iko se hizo un ovillo bajo el brazo de Gary cual pollo bajo el ala de una gallina. Danielle abandonó agradecida la copa de vino en la mesa y se sentó a beber agua mientras el ajeteo y la conversación zumbaban en torno a ella en una bruma agradable. Sintió un estremecimiento de alarma (de vida) cuando Ludovic Seeley tomó asiento en una butaca a su derecha.

—¿Qué te lleva a Nueva York? —quiso saber.

Ludovic se inclinó hacia ella, como le había visto hacer con Moira; estaba claro que le iba la actitud íntima, o dar esa impresión. Pero no la tocó. El puño de su camisa se veía reluciente contra el terciopelo ciruela de la butaca.

—La revolución —contestó.

—¿Perdona?

—Voy a fomentar la revolución.

Danielle parpadeó, dio un sorbo y trató de invitarlo sin palabras a aclarar lo dicho. No quería parecer poco sutil, poco irónica; esto es, americana.

—¿En serio? Pues, en serio, voy a editar una revista.

—¿Qué revista?

—*The Monitor*.

Danielle negó con la cabeza.

—Por supuesto que no has oído hablar de ella... es que aún no he llegado allí. Todavía no existe.

—Eso es todo un reto.

—Tengo el apoyo de Merton. Me gustan los retos.

Danielle asimiló lo que acababa de oír. Augustus Merton, el magnate australiano. Decidido a comprar todo lo que hubiese en Europa, Asia, Estados Unidos. Todo lo que estuviera en inglés y a la derecha. El enemigo.

Lucy, que llevaba el café, apareció de pronto ante ellos, diminuta.

—Lo ha hecho antes, Danielle. Es un hombre de temer, nuestro Ludo. Tiene en el bote a todos los políticos, y los periódicos que se publican en esta ciudad. *The True Voice*... ¿lo has visto?

—Oh. Moira me ha hablado de él; me ha hablado de ti, quiero decir.

—No estamos de acuerdo prácticamente en nada —dijo Lucy ofreciéndole una sonrisa conciliadora a Seeley y apoyándole una delicada mano con laca de uñas negra en el hombro lavanda—. Pero, por Dios, cómo me hace reír este tío.

Ludo inclinó levemente la cabeza.

—Un verdadero cumplido. Y el primer paso en el camino a la revolución.

—¿Y ahora vas a conquistar Nueva York?

El escepticismo de Danielle claramente lo irritó.

—Sí —repuso llanamente; sus ojos grises, los párpados ahora por completo retraídos, la miraban fijamente y sin hilaridad alguna—. Sí, así es.

Danielle volvió a casa en el asiento trasero con los ojos cerrados la mayor parte del trayecto. Los abría de vez en cuando para retener imágenes de la ciudad, las luces sulfúreas sobre el asfalto y el cielo marino.

—Desde luego a Roger le gusta hablar —comentó.

—¿Te ha hablado de sus novelas? ¿Te ha aburrido como una ostra con tramas pesadísimas? —quiso saber Moira.

—No, de submarinismo. Y de la ruta del vino. Mejor que ese tío asiático.

—¿El novio nuevo de Gary? Parecía un encanto.

—¿Un encanto? —se burló John—. ¿Un encanto?

—Es un encanto. De verdad que lo es. Pero no muy interesante.

Hubo un silencio durante el cual Danielle deseó preguntar por Seeley, pero no quiso dar la impresión de que le importaba. Del limbo submarino que había sido la fiesta, Seeley era el único rescatable.

—¿Has hablado con Ludo al final? —preguntó Moira.

—¿Ahora se llama Ludo? —ironizó John—. Cariño, qué aires nos damos, ¿eh?

—¿De verdad es tan estupendo? —Danielle confiaba en que su tono fuera neutral—. No sé, es que me ha parecido un poco repulsivo.

—Va a mudarse a Nueva York, ¿sabes? —dijo Moira—. Lo han contratado para lanzar una revista... echaron al primer tío, quizás hayas leído algo sobre él... a Merton le pareció que su visión no era la adecuada... un tal Billings, ¿no? ¿Billington? Buxton, me parece. Hubo un gran escándalo. Eso convierte a Seeley en el elegido, reclutado en la otra punta del mundo. Va a trasladarse muy pronto.

—El mes que viene —puntualizó Danielle—. Le he dado mi correo electrónico. No es que vaya a necesitarlo, pero por si no tiene nada que hacer. Sólo he tratado de ser amable.

—Ésa sí que es buena —intervino John—. Seeley sin nada que hacer. Eso sí que me gustaría verlo.

—¿Crees que tendrá éxito? —preguntó Danielle.

—Él sí lo cree —repuso Moira—. De hecho, sabe que lo tendrá. Pero no es de los que dicen gran cosa, así que es difícil saber qué trama en realidad. O si corre hacia algo o para huir de algo. Causó mucho revuelo aquí hace tiempo, ¿cuánto hace, cinco años?... Jesús, si sólo tiene... ¿cuántos? ¿Treinta y tres? ¿Treinta y cinco? ¡Un crío!... y tiene muchísimos amigos...

—Y muchísimos enemigos —añadió John.

—Y no creo que aquí haya ya muchos retos para él, eso es todo. Pero sí bastantes líos. Con esa clase de respaldo, ¡jjo, el elegido de Merton!, probablemente calcula que va a conquistar Nueva York, y luego el mundo.

–Como Kim Jong II, ¿eh? ¿O Sadam Hussein? –bromeó John.

–A lo mejor no es tan fácil como él espera –comentó Danielle sintiéndose de lo más ocurrente pese a todo el vino tinto–. Quizá se trate de un caso de «nuestro chef es muy famoso en Londres».

–Puede ser –repuso John, claramente satisfecho con la idea–. Puede ser.

Bootie, el profesor

—¿Bootie?¹ —exclamó Judy Tubb, en bata al pie de las escaleras, bañada por la luz mortecina y nacarada que se reflejaba en la nieve—. Bootie, ¿vas a bajar a ayudarme con la pala, o qué?

Al obtener el silencio por toda respuesta, puso un pie en el primer peldaño, que crujió, y la mano sobre la bola de madera pulida en la base de la barandilla y empezó a subir, haciendo todo el ruido que pudo.

—¿Bootie? ¿Me has oído?

Se abrió una puerta y su hijo apareció en el rellano en sombras, subiéndose las gafas en el puente de la nariz y entrecerrando los ojos. El anticuado pijama de franela marrón se arrugaba en torno a su mole blandengue, y su primera preocupación pareció ser que su madre no llegara a verle la pálida y generosa barriaga: ajustó el cordón del pijama y se subió los pantalones para revelar, en cambio, los tobillos extrañamente finos y los largos y velludos dedos de los pies.

—¿Has estado durmiendo todo este rato, desde el desayuno? —Judy habló con aspereza, pero sintió una oleada de ternura hacia su aturdido hijo cuando se tambaleó ante ella con su metro ochenta de estatura—. ¿Bootie? ¿Frederick? ¿Sigues dormido?

—Estaba leyendo, mamá. Leyendo en la cama.

—Hay más de medio metro de nieve en el camino de entrada, y sigue cayendo.

—Ya lo sé.

—Tenemos que poder salir, ¿no?

1. *Bootie* en inglés quiere decir «patuco». Y es vocablo homófono de *booty*, forma muy coloquial de referirse a las nalgas. (N. de la T.)

—Han suspendido las clases en el colegio. No tienes que ir a ningún sitio.

—Que no tenga que dar clases no significa que no necesite ir a ningún sitio. Y ¿qué me dices de ti?

Frederick metió un puño por detrás de las gafas y se frotó el ojo izquierdo.

—Se supone que estás buscando trabajo, ¿verdad? Pues no vas a encontrar ninguno si te quedas en la cama.

—Hay una tormenta de nieve. Se ha suspendido todo, no sólo las clases. Hoy no hay ningún sitio al que ir, ni trabajos que encontrar. —Su mole pareció de pronto maciza, y hasta imperturbable—. Además, mi lectura no supone no hacer nada. También es trabajo. Sólo porque no esté pagado no significa que no sea trabajo.

—Por favor, no empieces.

—Pregúntale al tío Murray. ¿No te parece que se pasa la vida leyendo?

—No sé en qué emplea su tiempo tu tío, Bootie, pero te recuerdo que le pagan bien por ello. Le pagan muy bien. Y sé que cuando tenía tu edad estaba en la universidad y tenía un empleo. Quizá dos empleos incluso. Porque Pawpaw y Nana no podían permitirse...

—Ya lo sé, mamá. Ya lo sé. Voy a acabar el capítulo. Y luego, si ha dejado de nevar, quitaré la nieve del portal.

—Incluso si sigue nevando, Bootie. La quitanieves ha pasado dos veces por la calle desde las siete.

—No me llames Bootie —repuso él volviendo a refugiarse en su habitación—. Yo no me llamo así.

Judy Tubb y su hijo vivían en una casa victoriana, espaciosa pero ruinosa, en la zona oriental de Watertown, en la carretera hacia Lowville, en un barrio plagado de edificaciones de similar aspecto decrepito.

Algunas se habían dividido en apartamentos y una de ellas, al final de la calle, estaba abandonada, con las elegantes ventanas cubiertas por tablones y el porche prácticamente a punto de co-

lapsar, pero así se hacían las cosas en Watertown. Seguía siendo un buen sitio para vivir, una buena casa en una buena parcela en los confines de la ciudad, tan respetable como lo fuera veinte años antes, cuando Bert y Judy se habían mudado allí con su pequeña hija Sarah, y Bootie ni siquiera estaba en camino.

Judy había nacido a poco más de un kilómetro de esa casa y había vivido casi siempre en la ciudad, excepto los años en la universidad y unos cuantos dando clases en Syracuse. Watertown era para ella tan invisible como su piel; ya no veía (si es que lo había hecho alguna vez) las fachadas medio en ruinas y los porches combados. El majestuoso centro de la ciudad, antaño conocido como Garland City, con sus edificios de piedra y la plaza central construidos a escala imperial, rara vez la impresionaba por su abandono; cuando pasaba con el coche de camino al instituto o al supermercado Price Chopper, en general se le antojaba de una familiaridad reconfortante. Lo mismo le ocurría con su barrio, con su casa: les era cariñosamente fiel sólo porque eran los suyos.

La casa tenía altos peldaños en la entrada, y un pequeño patio de cemento con un balconcito encima al que se accedía desde el pasillo de la primera planta. Los Tubb habían aplicado un revestimiento exterior de aluminio en los años ochenta, blanco y simple, ahora sucio y manchado de musgo y barro, y en algunos sitios abollado por las cañerías de desagüe o combado por la obra de fervientes ardillas o pájaros que habían hecho sus nidos entre el revestimiento y la pared exterior. Las molduras de madera que quedaban eran verdes, pero la pintura había saltado aquí y allá y estaba en todas partes agrietada y desportillada. La nieve cubría la peor parte de la degradación del edificio (incluido un parche de ladrillo medio podrido en la base) y suavizaba su contorno, de forma que el tejado a dos aguas, antaño de pizarra y ahora de tela asfáltica mal grapada, parecía elevarse con sólida confianza hacia el cielo cubierto de nubes.

En el interior, la casa de los Tubb seguía siendo elegante, a excepción quizá de la habitación de Bootie, un territorio que Judy no reivindicaba como suyo. Bien poco se había hecho en las habitaciones a lo largo de los años (Judy no había tenido el

valor para dar siquiera una capa de pintura desde la muerte de Bert cuatro años antes a causa de un cáncer de páncreas) y tenían, quizás a consecuencia de ello, cierto aspecto agobiante y sombrío; pero Judy mantenía la casa aseada, con la madera pulida, el linóleo encerado y las ventanas (al menos en verano, cuando se quitaban los postigos) limpias. Bien poco podía hacerse con respecto a las obstinadas manchas de moho en la pared del sótano (culpaba de ellas al revestimiento de aluminio que, después de todos aquellos años, impedía a la casa respirar) o a la mancha en el linóleo azul del baño detrás de la taza. Pero, en general, Judy consideraba que todo estaba en buenas condiciones: los viejos armarios y los suelos de anchos tablones, hasta la pequeña ventana de cristales romboidales rojos y azules sobre la puerta de entrada, que sabía (Bert lo había descubierto; le encantaba investigar esa clase de cosas) habían encargado por catálogo a Sears y que se remontaba a principios del siglo anterior.

Adoraba aquella casa, en gran medida por la historia que albergaba, aunque no sólo por eso, y lo que más le gustaba de todo era la planta de arriba, con el majestuoso y luminoso dormitorio que compartiera con su querido esposo, y en el que, de no haber sido por el hospital, él habría muerto; el amplio pasillo con su balcón de relucientes barandales; hasta la deslucida moqueta de flores rosas en el suelo, con su leve olor a polvo, que conocía tan bien como para situar mentalmente los bordes roídos, las zonas peladas y las manchas indelebles. Al entrar desde el pasillo a su adorado dormitorio, preocupada por su huraño hijo (no dejaba de decirse que eran cosas de la edad, tanto la suya como la de la cultura), le pareció estar entrando en la luz: los dos grandes ventanales vertían una opalescencia sin sombras sobre las ramitas del papel pintado, sobre las fotografías familiares encima de la cómoda. Hasta las medias usadas, que aún revelaban la forma de sus robustas piernas, aparecían perfiladas por la luz, relucientes. Sus manos y su cabello, una nube grisácea, habían traído consigo desde la cocina el aroma a café, y de las rejillas de ventilación junto a sus tobillos fluía un aire caliente que recorría el suelo. A pesar de Bootie, a pesar de él, en ese mo-

mento al menos, se sentía feliz: no era demasiado vieja para adorar hasta la nieve.

Judy Tubb hizo la cama con pulcritud, alisó la sábana de abajo y quitó algún que otro pelo gris y rizado de la almohada, para luego estirar y remeter la sábana encimera, la manta de lana color mostaza. Dedicó mucha atención a la colcha, a que quedara igual en ambos lados, a que las almohadas estuvieran bien ahuecadas bajo sus pliegues. No quería saber nada de edredones, demasiado ligeros y ajenos: le gustaba el peso de una cama hecha con mantas, y hacerla también. Se dio una ducha, se secó y se vistió en el cuarto de baño del pasillo (la casa era victoriana y sólo tenía un baño a pesar de los cuatro dormitorios), y salió con su jersey de cuello alto rosa favorito bajo la rebeca de angora color aguacate que tejiera el invierno anterior. La verdad era que la había tejido para su sobrina, Marina... Sólo Dios sabía por qué, pues ni siquiera estaban muy unidas; era sólo que le encantaba tejer y había hecho ya una docena de jerséis para su hija y sus nietos. Pero no estuvo acabada del todo para Navidad, y de alguna forma había sabido, al abrir el regalo que Marina le había mandado (un pañuelo de terciopelo carmesí con apliques de flores y fleco de seda con borlas, como el chal de una dama victoriana), que la rebeca no acababa de resultar adecuada. Le había enviado en cambio un vale de regalo de Borders y se había quedado el jersey para ella. En cuanto al chal, no había ningún sitio en Watertown, Nueva York, en que pudiera ponérselo (después no para dar clases de geografía en los dos últimos cursos del instituto), de manera que lo había envuelto en papel de seda para guardarlo en el fondo del cajón de la cómoda. Lo gracioso era que la rebeca le gustaba tanto como si fuera un regalo valioso, y que de algún modo la consideraba regalo de Marina, algo que después de todo la hacía pensar con más ternura en su sobrina y que, de alguna manera, era cierto.

Mientras se ponía la parka, las botas de nieve y el gorro de lana rosa (también hecho por ella, con un bonito dibujo como de encaje y una borla encima) y cogía, con las manos enfundadas en mitones, la pala de aluminio del porche, pensó con preocupación en Bootie, arriba, en pijama, como un niño. No

volvería a pedirle que la ayudara a quitar la nieve (él oiría perfectamente el rítmico raspar de la pala desde la ventana de su habitación), pero tenía la vana esperanza de que bajara *motu proprio*. Claro que, si en efecto lo hacía, supondría un día más sin bañarse. No le gustaba presionarlo al respecto (¿quién querría ser esa clase de madre, que siempre da la lata y encuentra defectos en todo?), pero no recordaba haber oído una sola vez llenarse la bañera en esa última semana. Sólo se daba baños, no duchas, y aquéllos, rara vez, pero cuando lo hacía se pasaba allí una hora con el agua enfriándose, leyendo uno de aquellos infernales libros suyos.

Judy Tubb la emprendió primero con la nieve del portal y, pese a la deliciosa frialdad de la pala a través de los mitones, pese al frío que le arrebolaba las mejillas, pese a las satisfactorias molestias que sintió, casi de inmediato, en los riñones, sintió que su buen humor se evaporaba al pensar de nuevo en su hijo. Su querido y único niño. Su trofeo. ¿En qué mes estaban ya? En marzo, ya estaban en marzo, casi en Semana Santa. Y Bootie había acabado el bachillerato hacía casi un año, el primero de su clase. Jamás habría imaginado que seguiría allí, o que volvería, y cuando, en septiembre, se marchó a Oswego, había creído que aquél era el principio de su vida en el mundo exterior. Imposible decir todo lo que iba a lograr. Y, de seguir vivo Bert, se habría ocupado de que su hijo pequeño hubiese cumplido su promesa, de que todos los ahorros (Bert había sido contable, y sabiamente frugal) habían servido para algo. Para que Bootie destacara. Era Sarah quien les había dado problemas, la que se quedó embarazada a los diecinueve y se casó a los veinte, pero ahora tenía un buen trabajo en la sociedad de ahorro y préstamos y tres niños rubios y bulliciosos, y su Tom había resultado un buen marido que se dedicaba a organizar viajes turísticos en barco a las Mil Islas desde la bahía de Alexandria en verano y trabajaba de aparcero para el Estado en invierno. Qué demonios, Tom probablemente cogería el coche y vendría desde la bahía para quitar la nieve antes de que su hijo se moviera siquiera para ayudarla. Era un buen yerno, aunque ella había esperado, antaño, algo mejor.

Pero Bootie... Iba a ser político, había dicho, o periodista como su tío, o quizá profesor de universidad. Así era como los chicos lo llamaban en el instituto: el profesor. Había sido un niño regordete y con gafas, pero siempre respetado, hasta admirado, de forma curiosa. Había sido el elegido para pronunciar el discurso en la ceremonia de graduación. Y luego había vuelto a casa en Navidad con diez o quince kilos de más y un puñado de cosas por acabar, diciendo que la universidad era para gilipollas, o que Oswego al menos era para gilipollas, que sus profesores eran unos tarados y que no pensaba volver. Judy sospechaba que alguna chica le habría destrozado el corazón o lo habría avergonzado (no se le daban bien las chicas, era muy inseguro), o quizá sus compañeros de habitación, dos atletas cabezas de chorlito y el cerebro lleno de cerveza; pero Bootie se negaba a contar nada, al menos a ella. Y desde Navidad se había pasado todo el tiempo en su habitación, leyendo y haciendo Dios sabía qué en el ordenador (¿se trataría de pornografía? Eso le parecería bien, podía entenderlo de un chico de su edad, aunque como distracción, no como obsesión, pero le gustaría saberlo), o en la biblioteca de magníficas columnas del centro, donde siempre ponían demasiado alta la calefacción y el aire olía raro y donde, para ser francos, tenía que pedir que le mandaran libros de fuera de la ciudad si pretendía conseguir alguna cosa que no fueran las novelas rosa editadas por Harlequin o la Enciclopedia Británica. ¿Había buscado trabajo? Ni una sola vez desde el mes anterior, cuando ella le había dado un ultimátum, diciéndole que de un modo u otro tendría que pagar un alquiler si se negaba a volver a la universidad; de manera que ahora hacía gran alarde durante el desayuno con los anuncios clasificados, señalando empleos en fábricas y puestos en cadenas de comida rápida y sugiriendo (era la única vez que lo había visto reír últimamente) que podía vender coches de segunda mano en el Ford & Truck de Loudoun o servir mesas en Annie's, en la carretera nacional.

Y de pronto ahí estaba, en el porche, sin guantes, sin gorro, con el anorak de esquiar encima del pijama, empuñando la otra pala vieja y oxidada como si fuera un arma, con el vaho empañándole las gafas.

—Déjalo ya, mamá —exclamó—. Ya está bien. Ya has dejado claro lo que querías decir. Yo haré el resto.

Y, con inusitada energía, empezó a sacar paletadas de nieve, levantándola en una fina llovizna que fue como una segunda tormenta de nieve sobre la entrada, y Judy se quedó un rato contemplando aquella aparición insólita, con el pantalón del pijama cubierto de nieve, los rizos oscuros enmarañados y brillantes bajo los copos, imaginando (no pudo evitarlo, tendrán que disculparla) a los vecinos observándolo tras las cortinas y preguntándose qué habría salido mal con el inteligente muchacho de los Tubbs para que se hubiera transformado de pronto en un bicho raro; y, sin decir una palabra, le tendió a Bootie la pala buena y cogió la decrepita de sus manos, para luego volver a grandes zancadas al porche, sacudirse la nieve de las botas y, con las mejillas ardiendo de frío y vergüenza que él no podía, no debía ver, volver a entrar en la casa y oír la puerta mosquitera cerrarse con un amargo chasquido tras ella.